



Literatura

En el recuerdo... coplas

Por FELISA MARTÍNEZ



La peregrina

Camino de Santiago
con grande halago
mi peregrina la encontré yo
y al mirar su belleza,
con gran presteza
mi peregrina se hizo al amor.

Fue tanta la alegría
que al alma mía
la compañía de su amor dio,
que en la oscura maraña
de la montaña
mi peregrina se me perdió.

Y mi pecho afligido,
preso y herido,
por esos montes suspiros dio
y a los prados y flores
y a los pastores
de esta manera les preguntó:

¿Quién vio una morenita
peregrinita
que el alma irrita con su desdén?
Por ver si mi desvelo
hallan consuelo
todas sus señas daré también.

Iba la peregrina
con su esclavina,
con la escarcela y su bordón;
lleva zapato blanco,
media de seda,
sombrero fino que es un primor.

Tiene rubio el cabello,
tan largo y bello
que el alma en ello se me enredó
y en su fina guedeja
de oro y madeja
su amor y el mío se aprisionó.

En su frente espaciosa,
larga y hermosa,
donde Cupido guerra formó,
pronto se halló vencido,
preso y herido,
mi amor que al suyo se coronó.

Sus ojos y pestañas
son dos montañas
donde dos negros hacen mansión
y en arcos de Cupido,
los atrevidos,
presto disparan flechas de amor.

Su nariz afilada
no fue sonada
y aunque al mirarla fama cobró
es un cañón de plata
que a todos mata
sin que ninguno sienta dolor.

Su boca tan pequeña
y tan risueña
naturaleza pudo formar,
que al decir me provoca,
mas, punto en boca,
por no agraviarla quiero callar.

Su pecho es el archivo
donde yo vivo
preso y herido, muerto de amor;
es el que a ser proviene,
sepulcro alegre,
cárcel divina y dulce prisión.

Es su hermosa garganta
la mejor planta
que en los jardines sembró el amor
y al verla la azucena
aunque con pena
de su hermosura se avergonzó.

Lo que cubre el pañuelo
no me desveló
para pintarla lo que no vi;
mas, aunque enamorado

muera abrasado,
a su sagrado no me atreví.

Para pintar su talle
bueno es que calle,
pues mi pintura sería un borrón.
¡Quién pudiese de apeles
tener pinceles
para pintarla con perfección!

Perdone tu hermosura
si en la pintura
grosero ha estado mi dulce amor;
por haberte ofendido,
a tus pies rendido,
a mi peregrina pido perdón.



El tamborilero Belarmino